



Javier Gasparri

Néstor Perlongher. Por una política sexual

Rosario: Humanidades y Artes Ediciones

2017

162 páginas

**La actualidad de un escritor. Sobre *Néstor Perlongher*.
Por una política sexual, de Javier Gasparri**

Ignacio Iriarte¹

En su intensa vida, Néstor Perlongher fue de todo: trotskista, deleuzeano, místico, poeta, ensayista, periodista, militante homosexual. Tomó ayahuasca cuando nadie sabía qué era, escribió cosas tan diferentes como una elegía a Nahuel Moreno y un auto sacramental para el Santo Daime, intervino en los principales debates de los años '80, como la guerra de Malvinas, el no tan primaveral gobierno de Raúl Ricardo Alfonsín y la sanción de las leyes

de Obediencia Debida y Punto Final, que le pusieron un profiláctico a la historia, como dijo con sorna y exactitud. Con su poesía profanó el cadáver de Eva Perón, fue el último y más extremo exponente del barroquismo latinoamericano y redactó ensayos con una prosa que corta por la claridad de sus argumentos. ¿Es todo? No, no lo es. Perlongher se recibió de sociólogo, hizo encuestas en el conurbano bonaerense, militó en el Frente de Liberación Homosexual, denunció los atropellos contra los gays. En 1982 se radicó en Brasil: allí vio el nacimiento del Partido de los Trabajadores, publicó un trabajo sobre el sida y obtuvo una maestría en antropología con una tesis sobre la prostitución masculina, notable

¹ Investigador Adjunto de CONICET y Profesor Adjunto de Literatura y Cultura Latinoamericanas I (UNMdP). Mail de contacto: iriartelignacio@gmail.com

por lo novedoso de su objeto, notable porque para abordar lo tuvo que acostarse con los prostitutas (digámoslo sin vueltas: debe ser uno de los pocos que pudo tener sexo con su objeto de estudio), y notable también por la teoría que maneja, ya que retoma la filosofía de Gilles Deleuze y Feliz Guattari en unos años '80 en los que pocos argentinos habían abierto o comprendido *El antiedipo*, cuya edición de 1974, hecha por Corregidor, resurgió décadas más tarde, de algún depósito de Buenos Aires, en donde habría estado arrumbada. Perlongher fue un vanguardista del margen, porque tal vez pensaba que el futuro no estaba adelante, sino al costado. Murió de sida en 1992, pero su obra no puede estar más viva: abrió un espacio en la literatura, la política y la sociedad en el que todavía estamos situados.

¿Cómo es que un escritor, con algunos libros de poesía, adquirió semejante dimensión? En *Néstor Perlongher. Por una política sexual*, Javier Gasparri responde a preguntas como esas con la inteligente claridad que ya se encuentra en sus trabajos anteriores. En una de las páginas más altas de su texto, que presentó como tesis de maestría en 2015, resume esa respuesta en dos frases:

Perlongher es nuestro contemporáneo: porque vio la “íntima oscuridad de su tiempo”, porque lanzó y formuló un “eco anticipado” a nuestras propias preguntas, porque con y desde la suma de conocimientos de su tiempo y desde los interrogantes de su coyuntura histórica Perlongher *ya está hablando* de nosotros y nos está planteando respuestas (y salidas) posibles. Por eso la vitalidad y la potencia inactual (es decir, no precedera) de la vida y el pensamiento (o sea, la obra) de

Perlongher: porque soñó de cara al futuro y su futuro (que incluye sueños pero también pesadillas) es hoy uno de nuestros presentes (110-111).

Si Perlongher es un eco anticipado de nuestro presente, esto no se debe solo a que su palabra resuena en la actualidad, sino también a que mantiene el poder crítico que tuvo en su momento. En los cuatro capítulos que conforman el libro, Gasparri lo demuestra por medio de un trabajo que tiene una doble dirección. Por una parte, sitúa los textos de Perlongher en la coyuntura en la que intervinieron a través de un trabajo de archivo con la correspondencia y varios textos inéditos. Éste es uno de los grandes aportes del libro, muy ajustado a los propósitos que persigue, en tanto en el libro Gasparri aborda cuatro momentos del escritor: las ideas de Perlongher sobre la guerra de Malvinas, las ideas sobre el poder que aparecen en su primer libro de poemas, *Austria-Hungría*, las tesis sobre la sexualidad que se encuentran implícitas en su escritura y la experiencia del sida, que Gasparri recupera de la correspondencia con Sarita Torres. En el libro, esta mirada sobre el archivo se complementa con una reflexión constante sobre el impacto de la obra de Perlongher en la actualidad.

El primer capítulo es un ejemplo de esta doble dirección. Antes de presentar las opiniones de Perlongher sobre la guerra de Malvinas, Gasparri describe *Sitio*, la revista en la que publicó uno de sus ensayos, lo que lo lleva a pensar el texto a partir del diálogo polémico que mantuvo con Jorge Jinkis y Ramón Alcalde. Como demuestra en esas páginas, Perlongher no supo o no quiso entender la ironía que éstos empleaban para hablar de la guerra, y esto lo llevó a

imputarles un giro nacionalista, que es dudoso que hayan tenido. El mismo tipo de trabajo realiza en el segundo capítulo, en el que se dedica a *Austria-Hungría*. Gasparri lee el libro recuperando la primera reseña y el prólogo que aparece en la primera edición, y complementa esto con una pesquisa en los papeles inéditos de Perlongher. A partir de una carta a Osvaldo Baigorria, descubre que el boceto de *Austria-Hungría* habría tenido un poema homónimo en el que entrarían en debate dos locas, llamadas Austria y Hungría, sobre la invasión de los alemanes. A continuación, reproduce fragmentos generosos de un poema inédito que se ajustaría a esa descripción, lo que lo lleva a presentar una justificada interpretación del libro: como se advierte en las dos partes que lo conforman, *Austria-Hungría* es un diálogo entre los soldados que invaden (la primera parte se titula “Llegan los soldados”) y las locas, que habitan el territorio invadido (“Por qué seremos tan hermosas”).

¿Por qué tendrían actualidad estos textos tan coyunturales? En lo que respecta a la guerra de Malvinas, Perlongher propuso una ruptura con la trampa del patriotismo, que tendía y todavía tienden las Islas Malvinas sobre el imaginario político de los argentinos. En igual sentido, en *Austria-Hungría* toma la guerra para mostrar que fenómenos como la dictadura militar y el nazismo son puestas en extremo de un microfascismo siempre vigente y por lo tanto de una situación que se mantiene en la actualidad. Al leer muchos de sus poemas resulta casi un lugar común recordar la tesis de Foucault de que las relaciones de poder penetran los cuerpos; Gasparri agrega la inquietante idea de que, en Perlongher, las víctimas

experimentan cierto goce al ser atravesados por el poder.

En el libro, estas lecturas preparan una extensa reflexión sobre la teoría sexual que Gasparri presenta en el tercer capítulo. Desde las primeras páginas, el texto tiene un lejano sabor borgeano. En ellas, Gasparri cuenta que en una de las bibliotecas de la Universidad Estadual de Campinas encontró un ejemplar de *La voluntad de saber* que había pertenecido a Perlongher. Ese libro de Foucault tiene un interés particular para la obra del escritor, pero también para cualquiera. Como recuerda Gasparri, al final del volumen el filósofo dice que en la sexualidad “no hay nada que liberar sencillamente porque nunca hubo nada reprimido” (78). Nunca hubo prohibición del sexo, sino control, y esto significa que los intentos de liberar el sexo son maneras de quedar encerrado en el sistema. Sabemos que Foucault fue muy criticado por esta idea del poder: la tesis de *La voluntad de saber* tiene como corolario que no hay posibilidad real de resistencia. Por eso, en los años siguiente Foucault fue reformulando su tesis, como se ve en los dos volúmenes siguientes de la *Historia de la sexualidad* o bien en *Seguridad, territorio y población* y *Nacimiento de la biopolítica*. Pero Gasparri omite esto y lo reemplaza por un detalle: en *La voluntad de saber*, en el ejemplar que donó Perlongher, justo debajo de aquel final, hay una anotación, una anotación que tal vez pertenezca al escritor (Gasparri decide creer que le pertenece), en la que se lee lo siguiente: “final angustiante!”.

Un libro es bueno cuando contiene este tipo de detalles. En primer lugar porque es imposible no sentir placer al leer un dato como ese: uno se imagina a Perlongher, entre angustiado y burlón, escribiendo esa frase. Pero el dato

también es decisivo porque abre una dimensión teórico-política en Perlongher que, al moverse en cierta incertidumbre (no se sabe si el comentario es de él o no) logra ser más intensa en el contexto actual. Como sostiene Gasparri, Perlongher no sólo se angustió, sino que quiso salir de la cárcel de la sexualidad, lo que significa que buscó una libertad del deseo. Por eso llevó el deseo más allá de los dispositivos de subjetivación, e incluso más allá de la sexualidad, por medio de las derivas místicas a las que se entregó al final de su vida. Sobre todo en esto Perlongher vuelve a ser actual: no porque se adelante a lo que sabemos, sino porque volver a él significa pensar esta dimensión que su obra posibilita pero nunca define. Como dice Gasparri, “lo que la escritura de Perlongher sabe (tal vez sin saberlo él mismo) es que la escritura del sexo no tiene por qué obedecer a los límites genéricos” (115).

Esta propuesta constituye el mayor aporte del libro. Especialmente porque permite entablar un diálogo y una discusión. Así, uno puede preguntarse si existe una escritura del sexo. ¿Se puede escribir el sexo? ¿Hay alguna escritura del sexo que no conlleve una captura del dispositivo de la sexualidad? Gasparri contesta que sí:

La singularidad del impulso de escritura del sexo, entonces, puede ser comprendida como previa a la forma genérica que se adopte y no al revés, es decir, no una escritura determinada por el género. Y es precisamente de este modo que la escritura del sexo —como invención histórica— puede devenir escritura de la sexualidad a secas (esto es, del deseo sexual como política de la vida), que de esta manera abre sus posibilidades más allá de un

dispositivo de poder normalizador (115).

En estas palabras se concentra la pregunta central del libro de Gasparri, porque plantea la posibilidad literaria y teórica de escapar del poder normalizador. El planteo retoma la utopía que le dio forma al mundo al menos desde el siglo XVIII: la utopía de la libertad, la libertad realmente libre, esa que el Marqués de Sade supo unir al sexo en ese siglo en el que la razón se articuló con la sensualidad. Década tras década se afirmó la necesidad de la libertad, no hace falta recordarlo, pero tampoco debemos olvidar que muchas veces se concluyó con nostalgia o pesimismo que esa libertad era una imposible ilusión. Jacques Lacan lo afirmó en “Kant con Sade”: en *La filosofía en el tocador* hay de todo, menos una verdadera transgresión a la ley, porque el deseo se revela como su reverso. Desde su punto de vista, en Sade y desde Sade ambos forman una banda de moebius que lleva al sujeto de un lado al otro, lo que significa que caminar el deseo es caminar también la prohibición. No podemos decir que Foucault compartiera completamente esta idea, pero las conclusiones de *La voluntad de saber*, que angustiaron a Perlongher, se acercan en más de un sentido a las de Lacan. ¿Hay escritura del sexo? En muchos momentos, Deleuze parece ir en esa dirección: desterritorializar es salir de la normalidad. Pero el filósofo agrega que, en materia de rebelión, la historia se mueve según la lógica viquiana del *corsi et ricorsi*. Además, en la última etapa de su vida, Deleuze descubrió que la revolución que esperaba no significó otra cosa que el triunfo de las sociedades neoliberales. Por eso, ¿hay escritura del sexo? Si la hay, es

en el sentido que le da Gasparri actualizando a Perlongher: es una escritura que, sexual o no, marcada o no por la sexualidad, tiene sentido en tanto rompe con lo establecido.

Desde una literatura como la de Perlongher se suele mirar con desconfianza la época de la Ilustración. No se quiere saber nada con la razón, se nos dice, y para subrayarlo se habla de logos, lo que facilita mostrar la antigüedad de semejante ignominia y destronarla por medio de algunos juegos de palabras astutos. Todo eso no es más que una mala lectura. En el prólogo a *Indios del espíritu*, Roberto Echavarren muestra la verdadera dirección que se debe tomar precisamente con una escritura como la de Perlongher: una obra como la suya (no la nombra, pero está claro que también piensa en ella) rescata la lucha por la libertad que se formula por primera vez en el siglo XVIII, un siglo que escribe esa libertad con la pluma de Rousseau, la canta con *Don Juan* de Mozart y prueba su existencia con los jacobinos. Si hay escritura del sexo, es en tanto se trata de una escritura de la libertad, pero hay que entender esa escritura a la manera ilustrada, como un rechazo a tal o cual poder. La libertad (la escritura del sexo) es la salida de un poder en particular. Por eso Perlongher trabajó tan apegado a la coyuntura, con los ojos en el piso, recorriendo las bocas de San Pablo o las veredas de Parque Lezama; por eso en “¿Qué es la crítica?” Foucault respondía a la pregunta que repone en ese título diciendo que la crítica surge cuando alguien dice “no quiero ser gobernado de este modo”. ¿Existe una escritura del sexo? Si existe, es esa potencia de ruptura que se basa en un deseo que no logra ser capturado del todo por el dispositivo de normalización y que

lleva la palabra más allá de los géneros como un acto de intensidad.

En su libro, Gasparri propone una interpretación sobre Perlongher, pero se puede afirmar que, en realidad, formula preguntas sobre la escritura y la forma en la que uno debería pensar la temporalidad. ¿Cómo se relaciona el presente con el pasado? ¿Cómo impacta en el tiempo un escritor como Perlongher, instalado en esa temporalidad otra que se acerca a la del acontecimiento, en la medida en que, cada vez que se vuelve a él, cambia el presente desde el que se lo lee? Y en íntima relación con esto, ¿cómo pensar esa escritura que en lugar de expresar produce y revoluciona? Al visitar su obra, Gasparri repone estos problemas en el campo de la crítica. No los responde, a pesar de que plantea direcciones, porque problemas como éstos no tienen una única solución. Éste es, creo yo, el aporte fundamental de *Néstor Perlongher. Por una política sexual*.

Referencias bibliográficas

- Echavarren, Roberto (comp. y prólogo). (2013). *Indios del espíritu. Muestra de poesía del Cono Sur*. Buenos Aires: La Flauta Mágica.
- Foucault, Michel (1998). *La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Lacan, Jacques(1999). “Kant con Sade”, en *Escritos/2*. México: Siglo XXI. 744-772.